

EDITORIAL

EL PAPEL DE LOS SEMILLEROS EN LA INVESTIGACIÓN FORMATIVA

Hoy por hoy es totalmente aceptado que la investigación científica es uno de los ejes del desarrollo. Con el advenimiento de la tecnología y la ubicuidad del Internet, el acceso al conocimiento es mayor entre personas de distintas clases y geografías, amplificándose así la oportunidad de cerrar la brecha que existe entre las naciones. No obstante, la tendencia muestra a la mayoría de individuos convertirse en consumidores de información más que usuarios de conocimiento; es por ello que conviene fomentar su uso en este sentido para la generación de soluciones a problemas en distintos ámbitos.

Conscientes de dicha necesidad, las instituciones educativas de todos los niveles han buscado fomentar en los jóvenes el interés por generar y aplicar el conocimiento en contextos específicos, todo esto encauzado en lo que se conoce como investigación formativa o, como sugieren algunos autores, en formación para la investigación. Al tenor, es pertinente recordar la definición dada por el Consejo Nacional de Acreditación –CNA–, donde se establece que “alude a la dinámica de la relación con el conocimiento que debe existir en todos los procesos académicos”*. Esto incluye el hecho de que en esencia el proceso de aprendizaje debe llevar a la construcción de conocimiento y “de que la enseñanza debe ser objeto de reflexión sistemática sobre la base de la vinculación entre teoría y experiencia pedagógica [...]”. Bajo esta óptica, deben emplearse aquellas herramientas, dentro y fuera del aula de clase, con las cuales los estudiantes sean partícipes de su propia formación.

Los semilleros han venido a constituirse en un medio a través del cual se puede dar formación en investigación y, a su vez, contrastar lo aprendido mediante la definición de un objeto de estudio en un contexto real. En la mayoría de instituciones, los semilleros hacen parte de las actividades extracurriculares y suelen ser conformados por uno o varios docentes que guían a un grupo de estudiantes a quienes, además de recibir una formación complementaria, suele asignárseles o bien un proyecto o bien tareas de investigación. Todo esto con el fin de desarrollar las competencias necesarias en los jóvenes en formación, que luego serán los profesionales del mañana. De hecho, en las instituciones de educación superior se busca que los semilleros hagan carrera y puedan aspirar, por ejemplo, al Programa de Jó-

* CNA. “La evaluación externa en el contexto de la acreditación en Colombia”. Colección Documentos de Reflexión, No. 1. Bogotá, Colombia, 1998.

venes Investigadores de COLCIENCIAS inicialmente, para luego poder acceder de manera más fácil a convocatorias para estudios de alto nivel.

Nadie discute las ventajas de los semilleros como herramienta de investigación formativa, en el contexto específico de Colombia, considerando que su consolidación se ha dado en las dos últimas décadas, desde su surgimiento como estrategia para la formación de investigadores. Esto lo confirma la existencia de redes de semilleros como RedCOLSI (Red Colombiana de Semilleros de Investigación), la cual agrupa a distintas instituciones y suma casi 20 años de creación. Así mismo, el propio COLCIENCIAS ha venido fomentando la constitución de los semilleros, a través de convocatorias para su robustecimiento (como lo hizo inicialmente) y el reconocimiento de los semilleros como estrategia de formación en los grupos de investigación, incluyendo al programa ONDAS.

La acogida que hoy tienen los semilleros al interior de las instituciones radica, por un lado, en su capacidad de proveer a los educandos con una formación en investigación sobre la base de problemas reales; en otras palabras, se da cumplimiento a lo establecido por el CNA en cuanto a que, como vehículo de aprendizaje, da la oportunidad de aprender, vinculando la teoría con el proceso de enseñanza de manera más evidente. De otro lado, se espera que los semilleros sean a futuro los investigadores y líderes de procesos de I+D+i en las instituciones del país.

No es descabellado sugerir entonces que, a pesar de que hoy puede afirmarse que los semilleros han trascendido la etapa exploratoria de conformación y se encuentran ya en la fase de redes y comunidades, es necesario empezar el despliegue de estrategias más estructuradas y de alto impacto, desde COLCIENCIAS hasta las distintas asociaciones que los agrupan; estrategias que deben ir más allá del discurso y de la organización de encuentros, aterrizando en el acceso a recursos, y sistemas de información y comunicación más robustos. Es plausible que el Gobierno nacional colombiano haya incluido a los semilleros de investigación en el Plan Nacional Decenal de Educación 2006-2016; es necesario, sin embargo, que para el nuevo plan estos se incluyan con mayor relevancia como estrategia para la formación.

Si desde el ente nacional de ciencia y tecnología hasta las instituciones educativas y sus grupos, se continúa perfeccionando a los semilleros como herramienta para la investigación formativa, el país tendrá aseguradas las próximas generaciones (o mejor, cosechas) de magísteres y doctores, pues lo cierto es que los semilleros son y seguirán siendo un sustrato ideal para sembrar la investigación en la mente de los jóvenes.

RICARDO DE LA HOZ LARA
Editor